

DEL CORO AL CAÑO

Durante unos días han convivido en un mismo espacio, casi contra natura, dos espectáculos situados en los polos más opuestos del arte escénico: lo circense y lo trascendente. Queda ahora en La Cuina de les Arts el mejor de ambos, Porque Italo Ricardi y Eliana Walis se han ido a predicar la buena nueva a otros horizontes.

ITALO Ricardi, antiguo y prestigioso mimo, se ha pasado con armas y lengüajes al enemigo. Su «Ecclesiastés», meditación sobre la vida, la muerte y la divinidad, es un sermón en el verdadero sentido de la palabra. Tal vez pudiéramos considerar que eso es teatro por el hecho de que Ricardi se cambia de túnica tres veces y recurre a un acólito para que saque a escena humeantes cuencos de fuego, pero la verdad es que en las iglesias lo espectacular aún supera en mucho la oferta del actor. Lo suyo, no sólo en un sermón, sino además un mal sermón, repleto de efectos fáciles del estilo siguiente: mirar fijamente a un

espectador para hacerle creer que todo le incumbe personalmente; suspender una frase durante unos segundos para interesarnos por el final, ya que no ha conseguido interesarnos su principio; arrodillarse de repente y abrir los brazos en cruz reivindicando un martirio que, lamentablemente, sólo soporta el espectador. Viendo este «Ecclesiastés» queda claro que algunas personas aún no asumen con seriedad no haber nacido antes que Jesucristo y recurren al teatro para compensar este error histórico. El resultado final tiene un mérito más científico que religioso: Italo Ricardi consigue lo que la Física no ha podido resolver todavía, es decir, producir el vacío absoluto. Tal como dice el propio Ricardi, vanidad de vanidades.

La impresión de que se nos está mostrando algo que tal vez pudo tener algún interés veinte años atrás se confirma con la actuación de la mimo Eliana Walis. Aunque mudo, el discurso de Walis es idéntico al de Ricardi —la transcendencia— y su forma es igualmente antigua: los recursos elementales de la mímica. Lo digo con crudeza, no sólo porque la crítica no es una subvención en forma de elogios, sino porque, a tenor de lo visto y oído, no creo que esta opinión mundana pueda afectar demasiado a los dos actores.

Y del coro pasamos al caño (es decir, a la plaza pública, a la risa, al bullicio) con «Crestes de carpa». No es cierto, aunque el programa de mano lo afirme, que nos hallemos ante un espectáculo de «circo de vanguardia». Es, tan sólo y tan mucho, un buen menú compuesto con ingredientes que pertenecen al universo del circo, realizado por especialistas genuinos. Andrea Mugnai y Angela Fiorenzani nos sirven un aperitivo vestibular y polichinesco. Sergio Bustrik proporciona el plato fuerte de la noche, capaz de convertir el juego malabar en chiste y el



chiste en juego palabrado. Una vez más, los Poltrona fraternales consiguen hacernos olvidar, gracias a su sentido del gag, el dudoso catalán que hablan. Leo Bassi responde con la fuerza hábil de sus pies a la sutileza

cerebral de los demás; pero es una respuesta insuficiente porque en el circo y las variedades el erotismo también reside en la cabeza.

Jaume Melendres

LIBROS

LA NUEVA OLEADA

La Nueva Ola no viene a darle la vuelta al «Poseidon», ni a arrasar el este de Java, ni a llevarse a las monjas que se mojan las rodillas en la playa atadas con una cuerda a la banderola meteorológica. Esto va por ejemplo de veraneo en Marbella y, sobre todo, de garbeo por Madrid.

MUCHACHITOS de ambos sexos, de clase acomodada, ociosos, con una sabiduría fuera de lo corriente, amantes del rock, inquietos, frequentadores de hipermercados y cines, que forman grupos musicales y manipulan la frivolidad por coordenadas de intelectualismo «chic», donde se mezclan igual el surrealismo con el lenguaje de Eryd Blyton, los mass media con los esoterismos para iniciados, los Devo con Vainica Doble, sin esperanzas ni desesperaciones, inventando composiciones insólitas, viviendo en chalecitos en las zonas elegantes de Madrid, comiendo hamburguesas y desplazándose por la liviandad de una generación ajena a la gravedad cariacontecida de sus mayores.

Y las historias.

El azar que entremezcla personajes y situaciones, unas terribles, marcadas por la violencia, el canibalismo y el vicio incontrolado, otras banales, la mayoría gravitando alrededor de una diferencia, la ambigüedad resbaladiza de los comportamientos.

¡Decadencia de Occidente! ¡Parásitos de la sociedad! Deliciosamente tontos, esta es la modernidad y la canción, la que bailamos. Hijos de la juerguista «gauche divine», ya no frecuentan Bocaccio ni Oliver, sino bares subterráneos repletos de coloridos loros y reinas del látigo. Estos son los días de un siglo octogenario, el caudillaje de El Corte Inglés, el torbellino de

los sintetizadores y los estrenos de películas marchosas, la droga pasada de moda, las vampiresas salidas del baúl de la abuela, pronunciando las estrofas rítmicas de todo un estilo, que no es de nadie porque es de todos, presentado en un laberinto cegador de efluvios perfumados ¿Are we not men? Todo es tan tarantán, y los niños prodigio graban discos descendientes de una progresión matemática de Joselito, pasada por la computadora de Brian Eno.

El Zurdo es un cantante de Nueva Ola de los de carne y hueso, que quiere buscar el paraíso con el rock, pero no sabemos si lo encuentra. Mientras tanto, escribe estas historias de niños de Serrano atentos al arte de vanguardia. Narcisista como pocos, le ha puesto una portada al libro de lo más horripilante, pero allá él. El libro es legible como una minuta, musical como dos televisiones, narrativo como un supermercado. Hasta sale Fernando Fernán-Gómez y Concha Grégori, y el poeta Eduardo Haro Ibars, y periodistas como los corazones automáticos, y bebidas como el zumo de grosella, y canciones como una que me callo.

Aquí está la Nueva Ola. Yo ya me he comprado una tabla de Surf.

Todos los chicos y chicas, Historias de la Nueva Ola. Fernando Márquez.

Ediciones La Banda de Moebius. Madrid, 1980.

Jorge Berlanga

